



NUM. 29 PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 22 DE JULIO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



está en un punto tan difícil la cuestion europea, que se debate entre Austria, Italia y Prusia, que cada vez se hace mas complicada é insoluble. Como se habia previsto, los italianos esperan el asentimiento de sus aliados para aceptar el armisticio, y Prusia por su parte impone tales condiciones al gabinete de Viena, que Francisco José,

antes que perderlo todo en un Congreso, optará por tentar de nuevo su fortuna arriesgando la suerte del pais al trance de una batalla.

En vano, el emperador Napoleon, empuñando el tridente ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable *Quos ego* de Neptuno: su voz se pierde entre el estruendo de la lucha y los ejércitos del rey Guillermo y de Victor Manuel siguen impávidos su camino como si se hubieran dado cita en Viena. La conducta de Italia, cuya indocilidad parece que ha disgustado mucho á su imperial protector, llegó á creerse por algunos dias causa bastante para que se rompieran las relaciones entre los gabinetes de Florencia y Paris. No falta quien insiste en la inminencia de un choque entre las dos naciones, hasta aquí unidas por los mas estrechos lazos políticos; pero por nuestra parte creemos que las circunstancias en que se encuentra Europa, no permiten al emperador Napoleon cambiar tan bruscamente el plan que madura hace tiempo, y cuya base es la alianza italiana.

En esta situacion las cosas, el ejército austriaco aprovecha los momentos para reorganizarse y trata de modificar radicalmente los proyectos estratégicos del

general Benedeck, colocando al archiduque Alberto al frente de los negocios de la guerra. El archiduque previendo el desastre de Sudowa, si los dos grandes cuerpos prusianos llegaban á reunirse en Koeniggratz, ha dado muestras de una sagacidad y un conocimiento profundos del arte que ejercita. Segun sus disposiciones, la corte imperial deberia abandonar á Viena para evitarle á esta magnífica poblacion los rigores de un sitio, y concentrando todos los elementos de resistencia en la línea del Danubio, donde tienen el campo atrincherado de Olmutz como base de operaciones, podrian mantenerse á la defensiva y aun tomar la ofensiva con ventaja si la fortuna abandonase á los prusianos en un nuevo y decisivo combate. Hasta hace muy poco se creyó que prevaleceria la opinion del archiduque Alberto; pero á juzgar por los telégramas que posteriormente se han ido recibiendo, es otra la determinacion de Austria. La gran batalla que ha de poner término á la lucha ó ha de restablecer el equilibrio de los beligerantes, roto en Sudowa á favor de los prusianos, tendrá lugar delante de Viena. El emperador Francisco José, que parecia decidido á tomar el mando de las tropas, esperará allí con las fuerzas reunidas, procedentes de Italia y de los restos del ejército del Norte. El encuentro que acaso á estas horas habrá ya tenido lugar, será espantoso. Por un lado los prusianos llenos de la confianza que les inspiran sus continuadas victorias, avanzan ansiosos de coronar su obra, penetrando en Viena.

Por otra, los austriacos, exasperados con los reveses que han sufrido, lastimados en su orgullo nacional, teniendo entre sus filas á Francisco José, que parece dispuesto á sepultarse en las ruinas de su imperio, y encontrándose á la vista de la capital, que quedará entregada á todos los horrores de la guerra si sus hijos no saben contener la ola invasora al pie de sus muros, se disponen á una resistencia heroica y desesperada.

En la expectativa de este sangriento combate, que amenaza ser mas grande y horrible que el de Sudowa, todo el interés se concentra en las operaciones que tienen por teatro la Alemania, debilitándose el que en un principio inspiró la suerte del ejército italiano.

En efecto, por lo que toca á Venecia, la cuestion parece concluida. Sea el que fuere el término de la cuestion entre Austria y Prusia, Francisco José habrá de deshacerse de esas provincias, que mas bien debilitan que prestan fuerza á su imperio. Verdad es que

en una proclama del jefe militar del Véneto se ha dicho que la cesion no es un hecho consumado, y que al ser rechazada la proposicion de armisticio por parte de sus contrarios, el gabinete de Viena puede recoger una promesa que no hizo incondicionalmente; verdad es tambien que algunos, tomando esta declaracion por base de sus cálculos esperan que si la suerte favorece al Austria dentro de su territorio, volverá á caer con sus soldados en el cuadrilátero; pero la opinion general, con la cual nos encontramos en un todo conforme, conviene en que Venecia, bien por mano de la Francia, bien á consecuencia del tratado que firmen las partes beligerantes si Francisco José es derrotado delante de Viena, entrará á formar parte del reino de Italia, que al adquirir esta nueva provincia reiterará mal de su grado la renuncia de sus aspiraciones á Roma.

Las noticias de América recibidas en la semana última, aunque interesantes por serlo para nosotros, todo cuanto se roza con esta cuestion, se limitan á confirmar las que ya teniamos acerca de aquellos paises.

Aprovechando la retirada temporal de nuestras fuerzas, el partido exaltado de Chile y el Perú trata de levantar el espíritu público animando al pais á proseguir la guerra contra España. A este fin han celebrado un Congreso, en el que han tomado parte representantes de las tres repúblicas aliadas. En el Congreso no han faltado bravatas, promesas pomposas y multitud de disposiciones para activar las defensas de las costas, pero todos los buenos deseos de los agitadores se estrellan en la falta de recursos que cada dia es mayor á consecuencia del mal estado de sus asuntos financieros.

Parte de nuestra escuadra habia llegado en tanto á Rio Janeiro, desde donde despues de aprovisionar convenientemente sus buques, volverá á las aguas del Pacífico en union con los nuevos refuerzos que se disponen. Veremos si para la época en que esto suceda, que parece no ha de tardar mucho, siguen tan animadas las repúblicas de Chile y el Perú ó tienen que ceder á la doble presion de nuestras fuerzas y del numeroso partido amigo de la paz, que aunque con menos alharacas, reúne de dia en dia nuevos prosélitos entre las clases mas ilustradas y productoras de aquellos paises.

Dejando ahora á un lado las cuestiones políticas, y viniendo á otro terreno, podemos consignar algunas novedades que han hecho menos sensible la monotonía

de la corte durante el verano. Barbieri, el infatigable maestro que no se arredra ante ningun obstáculo, ha puesto sus reales en el jardín de Apolo, y contando con las simpatías que tiene entre los verdaderos aficionados á la música, ha inaugurado una serie de conciertos que en nada ceden á los que ofreció al público en el circo del Príncipe Alfonso durante los hermosos días de primavera.

La tradicion de los jardines de Apolo, parece que habia de oponerse á hacer de estos conciertos un punto de cita de la sociedad elegante; pero el prestigio del maestro ha vencido toda clase de prevenciones, y las noches pasadas hemos podido ver reunidas allí á las mas distinguidas y hermosas damas de la corte.

Si logran vencerse las dificultades que hasta ahora se han opuesto á ello, próximamente abrirán sus puertas los Campos Eliseos. Se habla para cuando esto ocurra de un concierto monstruo á beneficio de los heridos en la gloriosa accion del Callao, y de una compañía italiana que dirigida por el célebre actor Rosi, en la actualidad en Barcelona, vendrá á amenizar las noches en aquellos frescos jardines. Falta hace que de un modo ó de otro los Campos Eliseos ofrezcan algunas distracciones á los que despues de seguir con ojos de envidia, el itinerario de los emigrantes, no encuentran mas recurso que dar vueltas en el Prado, sujetos á los bruscos cambios de la temperatura de Madrid que oscila durante el verano entre la pulmonía y la insolacion.

Por fortuna, si el refran que enseña que los días de mucho son vísperas de nada, puede aplicarse invirtiendo el orden de los términos, en el próximo otoño, se encontrará ocasion de desquitarnos con usura de la presente falta de novedades. Para esta época se guarda la esposicion de Bellas artes, que ya anda por no perder la costumbre buscando albergue cómodo y económico, aunque sin esperanza de hallarle á no ser á costa del fondo destinado á premios, que es como si dijéramos á espensas del bolsillo de los espositores. Para esta época disponen los literatos sus nuevas obras, los empresarios de espectáculos públicos sus grandes combinaciones, los artistas de todo género el fruto de sus trabajos del estío; para esta época, en fin, volverá la animacion, la vida, y el movimiento que inútilmente trataríamos de que hoy se reflejasen en nuestra revista, cuya frialdad aumenta á medida que suben los grados de calor del termómetro.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LA GUERRA DE ALEMANIA.

II.

RECURSOS FINANCIEROS DE LOS ESTADOS BELIGERANTES (1).

Conocidas ya por el artículo anterior las fuerzas militares de los Estados que han comenzado la gran lucha de que está siendo teatro la Europa central y de los que probablemente tomaron parte en ella, nos resta dar á conocer las probabilidades de renovar aquellas considerables fuerzas, con arreglo á la respectiva base de poblacion de cada entidad política; y sobre todo examinar los recursos con que cuentan para sostener la campaña; cuestion que constituye uno de los dos miembros importantísimos de que depende el poder de las naciones modernas.

La proporcion de las fuerzas militares con el total de los habitantes de cada Estado es la que sigue:

	Habitantes por 1 soldado.
Anhalt-Dessau.	84
— Bernburg.	96
Austria.	75
Baden.	109
Baviera.	78
Bremen.	129
Brunswick.	104
Francfort.	81
Hamburgo.	108
Hannover.	104
Hesse-electoral.	107
— (Gran Ducado).	107
— Homburgo.	77
— Cassel.	92
Liechtenstein.	(*)
Lippe-Detmold.	110
Lubeck.	75
Mecklemburgo Schew.	102
— Strelitz.	124
Nassau.	97
Oldemburgo.	98
Prusia.	86
Sajonia (Reino).	123
Altemburgo.	114
— Coburgo.	(*)

(1) Véase nuestro número del día 1.º de Julio.
(*) No constan en los documentos sus fuerzas militares.

Altemburgo Meiningen.	100
— Weimar.	109
Schwartzburgo.	116
Wurtemberg.	92

El promedio de estas relaciones produce para el conjunto de Alemania un soldado por cada 96 habitantes de todas edades, sexos y condiciones, y un noveno de los hombres hábiles por su edad para el servicio de las armas; pero como precisamente las potencias de mas importancia son las mas recargadas, resulta la proporcion mucho mayor. Comparando entre sí los diferentes Estados, se ve que Austria es el que tiene mayor proporcion de hombres consagrados al servicio militar, y despues Baviera, su principal aliada, escepcion hecha del Hesse Homburgo, que apenas merece mencionarse por su insignificancia.

Italia, en su estado actual, de armamento está mas gravada aun que Austria, cuenta un soldado por cada 70 habitantes; Francia, comprendiendo la marina, tiene uno por cada 73; Rusia, sobre sus 64 millones de poblacion europea, uno por cada 64, incluyendo en sus fuerzas los 58,056 hombres de la marina militar; por último, Turquía tiene un soldado, incluidos tambien los marinos (34,000), por cada 90 habitantes.

Debemos mencionar aparte los Principados Danubianos, muy directamente interesados en el resultado de la lucha y cuyas fuerzas no hemos mencionado en el artículo anterior. Hoy la observancia de la Puerta sobre ellos, es la puramente nominal. Su ejército consta de 32,144 soldados, correspondiendo uno por cada 200 habitantes, cuyo total es de 4 millones próximamente.

Veamos ahora los recursos con que cuentan los Estados de que nos venimos ocupando, y en cuánto sus gastos militares afecta el conjunto de sus presupuestos.

Austria gasta en tiempos ordinarios 134.621,680 florines (1.288.905,960 reales) en mantener sus fuerzas terrestres y marítimas. suma que representa el 37 por 100 de sus gastos totales, que en 1860 ascendian á 366.652,265 florines, costándole cada soldado ó marino 2.736 reales anuales. El presupuesto de gastos se ha elevado despues, y en 1864 era ya de 609.417,942 florines nuevos, no pasando los ingresos de 570 millones de florines. Tiene una deuda enorme, que ya en abril de 1863 estaba representada por 3.061.660,711 florines (mas de 29,000 millones de reales).

Anhalt Dessau y Archalt Bemburgo. — Su presupuesto de gastos, algo inferior al de los ingresos, es de 3.416,861 thalers (48.690,269 reales). La deuda pública escede poco al importe de una anualidad del presupuesto, pues no pasa de 3.446,227 thalers. La cifra de sus gastos militares asciende á 102,704 thalers para Dessau, y 53,511 para Bernburgo; en junto 156,215, que como se ve es insignificante, como insignificantes son tambien sus contingentes en militares (1,422 hombres Dessau y 600 Bernburgo).

Baden tiene un presupuesto ordinario de 23.127,462 florines de gastos cada dos años, que es la duracion del ejercicio y próximamente igual al de ingresos, sin incluir las administraciones especiales de correos, ferro-carriles etc. El crédito de 1862 para gastos militares ascendia á 2.918,318 florines, para aquel solo año (23.731,760 reales), ó sea el 27 por 100 del presupuesto, correspondiendo á cada soldado un coste de 1,904 reales. Deuda en 1.º de enero de 1863, 174.289,042 florines de Baden (1.403.026,788 reales).

Baviera. — Para cada uno de los años del período financiero 1861 á 1867 (allí dura ocho años) se han presupuestado, los gastos lo mismo que los ingresos, en 46.720,597 florines de Baviera (843 reales) ó sean unos 380 millones de nuestra moneda. Los gastos militares llegan á 13.107,083 florines (106.586,796 reales), costando cada soldado 1,774 reales. Deuda pública 342.309,514 florines (2.782.996,350 reales).

Bremen. — Sus gastos militares son de 162,419 thalers (2.314,462 reales) 9'35 por 100 del total de los gastos del Estado que suben á 1.736,060 thalers, no tiene deuda pública.

Brunswick. — Gastos totales, 1.661,000 thalers (23.669,250 rs.) absorbiendo los gastos militares 372,555 thalers, ó el 22'4 por 100 del total, y costándole cada soldado 1,919 rs. El presupuesto de ingresos cubre el de gastos. Deuda pública en 1.º de setiembre de 1860, 11.251,219 thalers (160.329,871 reales).

Francfort. — Siendo los gastos generales 2.224,210 florines (18.186,761 rs.) cubiertos con los ingresos ordinarios, los del contingente militar, que ascienden á 521,249 suponen el 23 por 100 del total. Cada soldado, sin el enganche, cuesta al año 4,151 rs. Deuda pública, 15.551,000 florines (126.429,630 rs.)

Hamburgo. — Presupuesto, 15.626,260 francos, de los cuales el de la guerra importa 934,280 francos de banco (5.431,902 rs.) ó sea el 9 por 100 del total. Cuesta cada soldado 2,640 rs. La deuda en 1.º de enero de 1863 ascendió á 58.127,518 francos de banco (412.705,378 rs.) Esceden los ingresos á los gastos.

Hannover. — Los gastos militares ascienden á 2.626,500 thalers (282.981,715 rs.) y que se cubre con un pequeño exceso por los ingresos. Cada soldado cuesta anualmente 2,071 rs. La deuda pública

en 1.º de enero de 1864 era de 48.018,274 thalers (684.270,404 rs.)

Hesse Homburgo. — Presupuesto, 396,823 florines (3.780,818 rs.) y el de ingresos, 415,253 florines. No conocemos los gastos de su insignificante contingente militar que se reduce á 333 hombres. Su deuda no escede de 789,703 florines (6.420,526 rs.)

Hesse (Gran Ducado) Gastos militares ordinarios, 1.660,689 florines (unos 14 millones de rs.) que constituyen el 18 por 100 del presupuesto total que es de 9.066.796 florines. Cuesta cada soldado 1,687 rs. Los ingresos esceden algo de los gastos. La deuda en 1.º de abril de 1862 era de 3.446,850 thalers (49.187,612 reales).

Hesse Cassel. — Presupuesto militar, 952,550 thalers (13.611,836 rs.) que es el 20 por 100 del total de gastos (4.800,791 thalers.) Cuesta cada hombre armado 1,695 rs. Su deuda consistia en 1863 en 15.245,000 florines de Baviera ó 123.941,850 rs. en nuestra moneda.

Liechtenstein. — Tiene un déficit en su insignificante presupuesto anual de 61,920 florines (658,240 rs.) Además, Austria, á consecuencia de la union aduanera, paga á este pequeño Estado 17,000 florines anuales. Carece de deuda pública y solo contribuye al ejército federal con un contingente de 100 hombres.

Lippe Delmold. — 207,225 thalers de presupuesto y 339,005 (4.830,821 rs.) de deuda pública. Gastos militares, desconocidos.

Dippe Schaumbury. — Este pequeño Estado, cuyo contingente militar no hemos incluido antes, y consiste en 516 hombres, tiene un presupuesto de 228,000 thalers y carece de deuda pública.

Lubeck. — Su presupuesto total es de 2.002,796 francos del cual emplea el 12 por 100 en sus gastos militares; es decir, 157,069 francos de banco ó 913,497 reales. En 1863 debia 20.756,000 francos de banco (147.367,600 rs.)

Mecklemburgo Schoverin. — 391,395 thalers de gastos que se cubren con igual suma de ingresos. Gastos militares desconocidos. Su deuda ascendia en 1862 á 8.057,270 thalers (114.816, 107 rs.)

Mecklemburgo Stralitz. — Carecemos completamente de datos; solo sabemos que tiene un batallon, pero ignoramos su efectivo y lo que le cuesta.

Nassau. — 5.300,000 florines de gastos de los cuales emplea el 14 por 100 ó sean 825,624 (6.713.973 reales) en mantener un ejército. En diciembre de 1862 debia 6.475.200 florines, ó 52.643,376 reales vellon.

Oldemburgo. — Su presupuesto es de 2.216,000 thalers (unos 32 millones de reales) é invierte el 16 por 100 ó sean 350,000 thalers en sus tropas en tiempo de paz, costándole cada soldado 1,660 reales. A últimos de 1863 la deuda ascendia á 4.182,150 thalers, que equivalen á 59.595,637 reales.

Prusia. — Los gastos militares ordinarios y extraordinarios figuraban en 1862 por una suma total de 41.795,647 thalers (596.087,953 rs.) ó sea el 30 por 100 de su presupuesto total de 139.908,411 thalers (1.993.694,856 rs.), costando cada soldado 2,804 reales anuales. El presupuesto de ingresos cubre ordinariamente el de gastos con un exceso de 4 millones de thalers. La deuda pública es escasa relativamente: en 1864 era de 277.678,051 thalers (3.956.912,227 reales.)

Sajonia (reino). — El total de sus gastos subia á 12.356,352 thalers (unos 180.000,000) de nuestra moneda en el ejercicio de 1861 y 1863. En 1866 á 13.658,984. Siendo los gastos militares en la primera época 2.175,096, consumian el 18 por 100 de las rentas públicas, costando cada soldado 1,721 rs. Su deuda importaba en diciembre de 1863, 68.480,642 thalers ó sean 975,849,148 reales vellon.

Sajonia Weimar. — Los gastos militares llegan en el período trienal 1863-65 á 203,186 thalers anuales (unos 2.900,000 rs.) que es el 11 por 100 del total cuyo importe es de 1.654,558. Cada soldado cuesta solo 1,216 rs. La deuda pública, en 1862, 4.500,000 thalers, ó 64.125,000 reales.

Sajonia Coburgo. — A consecuencia de un tratado celebrado con Prusia en 1861, esta última potencia se encarga de suministrarla el contingente militar, mediante una suma anual de 80,000 thalers (1.140,000 reales) en tiempo de paz, y 148,000 thalers (2.109,000 reales) cada movilizacion. La deuda está dividida en 2.100,000 florines para Coburgo y 1.788,000 thalers para Gotha, que equivalen en junto á 42.629,880 reales.

Sajonia Meiningen. — En 1863, el presupuesto de gastos ha sido 1.845,042 florines (17.527,899) y el de ingresos algo mayor. No constan los gastos militares. Su deuda en 31 de marzo de 1862, ascendia á 3.715,963 florines (30.910,779 rs.)

Sajonia Altemburgo. — Atenciones militares en 1864, 8,735 thalers (1.244,735 rs.) ó el 11 por 100 de su presupuesto total, que es de 800,343 thalers (unos 12.000,000 escasos.) Cada soldado cuesta anualmente lo mismo que en Prusia. La deuda pública, que consiste en papel-moneda en circulacion, importa 432,400 thalers (6.161,700 rs.)

Reuss-Greiz y Reuss Schleitz. — Cuesta su contingente militar 90,350 thalers (1.287,485 rs.) para los dos

principados reunidos, ó sean 1,200 reales cada soldado. El presupuesto es de 481,850 thalers. La deuda del segundo de los dos principados, de 709,037 thalers, el primero no tiene deuda pública.

Schwarzburgo-Sondershausen.—Los gastos generales del país suben á 628,000 thalers, siendo desconocidos los especiales del departamento de la guerra. La deuda en fin de diciembre de 1862 era de 1.524,263 thalers (21.720,748 rs.)

Schwarzburgo Rudolstadt.—71,678 florines (unos 600,000 rs.) ó 1,095 rs. por soldado, absorbiendo el 9 por 100 del presupuesto total, que era en 1863 de 819,808 florines.

Wurtemberg.—Los gastos militares ascendieron en 1862 á 3.586,249 florines (13.627,746 rs.) ó 1,619 cada soldado, absorbiendo el 23 por 100 del presupuesto total de 15.223,731 florines (123.799,372 rs.) La deuda en junio de 1863 ascendía á 76.575,892 florines (632.622,002 rs. vn.)

Hemos tomado de los documentos oficiales mas recientes y auténticos las cifras que se refieren á los presupuestos, á los gastos militares y á las deudas, considerando los seguidos en tiempo de paz, pues armadas las reservas y en campaña dichos gastos habrán de triplicarse cuando menos. Tratándose de los estados secundarios y de los pequeños, habrá que recurrir forzosamente al crédito en el exterior. Lo mismo sucederá en Austria cuya deuda ya es enorme, de modo que Prusia será la misma, tal vez que se libre de nuevas cargas en este concepto. La deuda actual de toda Alemania puede reasumirse así:

	Reales vellon.
Austria.	29,085.776,754
Prusia.	3,936.912,227
Los demás Estados de Alemania.	4,209.937.186
Total.	37,232.646,167

Es mas que probable que esta deuda llegue á 50.000,000 de nuestra moneda á poco que se prolongue la guerra.

Por mas que para algunos de nuestros habituales lectores sea indigesto este amontonamiento de guarismos, la índole del presente trabajo exige que lo complete respecto de Italia y de las demás naciones mas ó menos comprometidas en la lucha.

Italia.—Es muy difícil calcular con exactitud los gastos militares del nuevo reino en un estado actual de organizacion; mucho mas cuanto que los gastos de la marina no constan con claridad en ningun documento; pero calculando que la marina italiana cueste hoy como la de Francia 5,207 francos, *comprendido el material*, resulta para 1862 un presupuesto militar de mar y tierra de 329.661,441 francos (1,232.712,336 reales), ó sea el 33 por 100 del presupuesto total de aquel año, que fue de 974.000,000 de francos 3.000,701 de reales). Cada hombre de guerra, soldado ó marino, le cuesta á Italia 4,049 francos (3,486 rs.) El presupuesto de gastos en 1865 escedia al de ingresos en 228.346,376 francos, pues en dicho año llegaron aquellos á 853.819,024 francos. La deuda pública es casi imposible calcularla en ciertos momentos: para referirnos á una cifra cierta es preciso retroceder hasta 1.º de julio de 1864 en que era de 4,154.411,365 francos, próximamente 16.000,000 de nuestra moneda.

Francia.—El presupuesto del ejército y la marina lo presentaremos retrocediendo á 1860, inmediatamente despues de la campaña de Italia, por analogía de circunstancias: era entonces de 484.242,630 francos para el ejército terrestre y de 204.402,765 para la armada, en junto 688.645,395 francos, ó sean 1,341 francos por soldado ó marino. Es decir el 33 por 100 del presupuesto total de gastos que ascendió á 2,084,091,354 francos. En 1864 este mismo presupuesto de gastos habia subido á 2,105.093,124 francos. La deuda francesa en 1863 importaba 12,080.235,183 francos (45,904.898,695 rs.)

Rusia.—El presupuesto militar ruso de 1862 ascendió inclusa la marina á 131.000,000 de rublos (2,070.000,000 de reales próximamente) unos 2,038 reales por soldado ó marino; es decir el 42 por 100 de un presupuesto total de 310.6 millones de rublos (4,960.000,000 de reales). La deuda rusa estaba representada en 1863 por 1,633.146,099 rublos de plata, que hacen 25,624.062,293 rs.

Turquia.—A falta de documentos directos, tenemos que apelar á la evaluacion de un documento inglés muy autorizado, que calcula en 600.000,000 de nuestra moneda los gastos militares de Turquía y al *Almanaque de Gotha* que estima en 380 francos el coste de cada soldado. La deuda turca, sin la del Egipto ni de la Moldavia ni de la Valaquia, era en 13 de setiembre de 1861 de 3,106.152,500 piastras, que equivalen á 4,238.106,575 rs.

Para reasumir presentaremos los gastos militares calculados por término medio para cada uno de los años de 1860 á 1863; segun los datos de Mr. Legoyt, jefe del departamento de la estadística de Francia; es decir aplicados á un periodo de paz.

	Francos.
Austria.	336.554,200
Prusia.	156.733,672
Resto de Alemania.	82.698,687
Italia.	329.661.441
Francia.	688.645,395
Rusia.	529.240,000
Turquia.	450.000,000
Total.	2.273.533,095

Esta enorme suma equivale á 8,639.425,761 reales; y como habrá de triplicarse durante la guerra, pasará de 25.500.000,000 anuales.

Si á esto añadimos que sobre estas naciones pese una deuda de *ciento diez y siete mil ciento setenta y cuatro y pico de millones* que representan una renta de mas de 6,000.000,000, y que esta enormísima carga puede crecer de un modo fabuloso á poco que se prolongue la guerra, habremos hecho reuniendo penosamente estos áridos guarismos, una defensa mas elocuente de la paz que escribiendo una declamacion filosófica ó dirigiéndonos al sentimiento por medio de una poesía de circunstancias. Los razonamientos de la aritmética son poco floridos pero de una fuerza irresistible.

FRANCISCO JAVIER DE BONA.

METAMORFOSIS DE LOS ANIMALES.

LAS MARIPOSAS.

Todos nuestros lectores han encontrado á veces en los jardines ó en el campo, esas mariposas (*peris brassicae*) de cuerpo negro ó muy oscuro, con las antenas pintadas de blanco, con las alas blancas por encima, amarillentas por debajo, y marcadas con manchas negras, cuyo número y posicion diferencian los sexos. Frecuentemente habrán visto á estos insectos hácia los meses de agosto y setiembre revolotear de dos en dos, ya persiguiéndose alternativamente, ya dando vueltas uno alrededor de otro, y pareciendo combatirse. Tal vez han creído que era una verdadera lucha; sin embargo, no hay nada de esto; son por el contrario los preludios del amor, que Reaumur ha seguido, descrito y figurado en todas sus fases con un talento de observacion que en él llegaba hasta el genio. El macho es mas apremiante; la hembra resiste, se hace por decirlo así la coqueta; al fin concluye por pasarse; pero con las alas levantadas y unidas estrechamente á otra cubre por completo su cuerpo. El macho revolotea algun tiempo alrededor de ella; despues, como si hubiera adoptado su partido, vuela en otra direccion y se aleja á veces hasta que se pierde de vista; pero en la realidad esto no es mas que un ardid, pues en el momento en que la hembra entreaire sus alas, y deja descubierto su cuerpo, se le ve venir con celeridad, muchas veces en vano, porque al acercarse la hembra vuelve á unir sus alas y comienzan de nuevo los juegos, las persecuciones aparentes y las separaciones fingidas. Estos juegos duran con frecuencia mas de media hora, lo cual es mucho en la vida de una mariposa; pero cuando han terminado, la hembra vá á depositar en alguna hoja los centenares de huevos que lleva en su seno; estos huevos se asemejan á pequeñas pirámides, tres ó cuatro veces tan anchas como altas, con surcos profundos que separan los lados bien redondeados. La mariposa los dispone artísticamente unos al lado de otros, y pegados de un modo muy sólido por su base, y así quedan expuestos á mil accidentes. La inmensa mayoría de ellos, perece sin duda alguna, pero siempre una parte sale bien y asegura la conservacion de la especie.

Hay que tener en cuenta una cosa notable. La mariposa hembra muere al poco tiempo de haber depositado sus huevos, y el macho la ha precedido ya en la tumba. Para ellos, como para casi todos los insectos, el matrimonio es mortal, y su existencia cesa desde que han asegurado la de su posteridad. Si una causa cualquiera viene á impedir el cumplimiento de los actos necesarios para alcanzar este objeto final, su vida normalmente tan corta, se prolongará mas allá de todo lo que podria preverse. A veces algunas mariposas nacen á fin del otoño; la temperatura ya fria retarda su desarrollo, y llega el invierno antes de que hayan podido entregarse á sus amores. Entonces se retiran á algun abrigo, pasan la mala estacion entera y reaparecen en la primavera. Gracias á esta virginidad guardada accidentalmente, su vida, en vez de limitarse á algunas semanas, dura muchos meses.

Todo el mundo sabe que de estos huevos sale una especie de gusano, una oruga que para llegar á mariposa tiene que pasar por el estado intermedio de crisálida. Sigámosla en esta serie de modificaciones, comenzando por los cambios exteriores.

El huevo que ha puesto la mariposa es mucho mas pequeño que un grano de mijo, y en el momento de

abrirse, la oruga es de un tamaño proporcionado. En el primer periodo la oruga crece con rapidez, y al parecer de un modo menos gradual que en los demás animales. Poco despues de haber salido del huevo la oruga come con una voracidad muy grande, y sin embargo no aumenta de tamaño; al cabo de algunos dias, cesa este apetito; la oruga languidece, sus colores se ponen mas pálidos, y la piel parece secarse. El animal busca entonces un abrigo; cuando ha llegado á tenerle, se le ve asirse con fuerza al suelo, hinchar y contraer alternativamente su cuerpo, dar vueltas en todos sentidos, detenerse á veces como cansado, y despues comenzar de nuevo. A veces pasan horas enteras antes de que pueda conocerse el objeto de esta agitacion fatigosa; pero al fin la piel se abre hácia el segundo ó tercer anillo, y la grieta se prolonga sobre la línea media, hasta las dos estremidades. En este momento la oruga saca su cabeza primero y luego el resto del cuerpo, y aparece cubierta de una piel nueva, flexible y con colores mas vivos que nunca. Al mismo tiempo su tamaño ha aumentado de un modo considerable y seria imposible hacerla entrar en la piel que la cubria unos minutos antes. Sus órganos se han aumentado de un modo progresivo, pero comprimidos por la antigua piel se han desarrollado súbitamente adquiriendo su verdadero volúmen como un efecto de elasticidad.

Este fenómeno, llamado de la muda, se reproduce muchas veces antes de que la oruga haya adquirido su tamaño y sus caracteres definitivos. Antes de seguir adelante, hagamos, sin embargo, una observacion. Estas mudas, estas metamorfosis, todos estos cambios tan bruscos en la apariencia, no lo son en la realidad. Bajo la piel vieja, bajo la cubierta, que será desechada, en el interior mismo de los miembros que deben desaparecer ó trasformarse, se preparan poco á poco los nuevos tegumentos, se dibujan las formas futuras, se organizan los aparatos que van á llegar á ser necesarios. En el momento de la metamorfosis como en el de la muda, no hay, á decir verdad, mas que un cambio de traje. Si algunos dias antes de cada muda se abre con precaucion la piel aun bien viva de la oruga, se encontrará debajo de ella la que debe ocupar su lugar. Si se hace esta prueba antes de la trasformacion de la oruga en crisálida, se descubrirán los principios de las alas y de las antenas. Si en esta época se le cortan las patas, por ejemplo, cuando la crisálida se transforme en mariposa, ésta nacerá imperfecta. Es decir, que á pesar de lo súbito y lo extraño, al parecer, de estas trasformaciones, la naturaleza no procede de un modo repentino y brusco, sino que su marcha en realidad es siempre lenta y progresiva.

Despues de la trasformacion que hemos descrito arriba no se distinguen en el insecto mas que dos regiones, una cabeza y un cuerpo. La cabeza es pequeña, de un color azul con manchas negras; sus tegumentos son algo córneos y tienen seis ojos pequeños, sencillos, separados unos de otros. Del mismo modo que en todas las demás orugas, la boca se halla formada de manera que pueda cortar y masticar las hojas á veces coriáceas de la col y de otras hortalizas. Tiene á cada lado un par de mandíbulas córneas muy sólidas y dos masticadores, por decirlo así, mas débiles, que están cubiertos en parte por un labio superior y otro inferior. Hácia en medio de éste se percibe un órgano pequeño y estirado de forma tubular y con un orificio microscópico. Este órgano es el que sirve al animal para hilar los hilos. El cuerpo de la oruga está compuesto de doce anillos iguales con corta diferencia, cuyo conjunto es casi cilíndrico; es de un gris amarillento ó verdoso, rayado de una estremidad á la otra con tres fajas amarillas sembradas de puntos negros. Estos puntos son otros tantos tubérculos pequeños, cada uno de los cuales tiene un cierto pelo blanco que solo puede verse con un cristal de aumento. Ocho pares de patas sirven para ayudar al animal en sus movimientos; estas patas son de dos clases como en todas las demás orugas. Las tres primeras de cada lado son cónicas, con articulaciones y terminadas de escamas ó patas verdaderas; las demás son patas membranosas ó patas falsas. Se asemejan á grandes tubérculos cortados por su estremidad, que se halla guarnecida de una corona de ganchos pequeños. Lo que presentan de mas notable, es que la oruga las mueve en todos sentidos, las hace salir hácia afuera ó las retira al interior del cuerpo de modo que apenas se puede distinguir el lugar que ocupan. Finalmente, para terminar esta descripcion de la oruga, añadiremos que tiene á cada lado, y en otros tantos anillos, diez aberturas pequeñas rodeadas de un círculo oscuro; son las llamadas *estigmatas*, que sirven para introducir el aire en el aparato respiratorio.

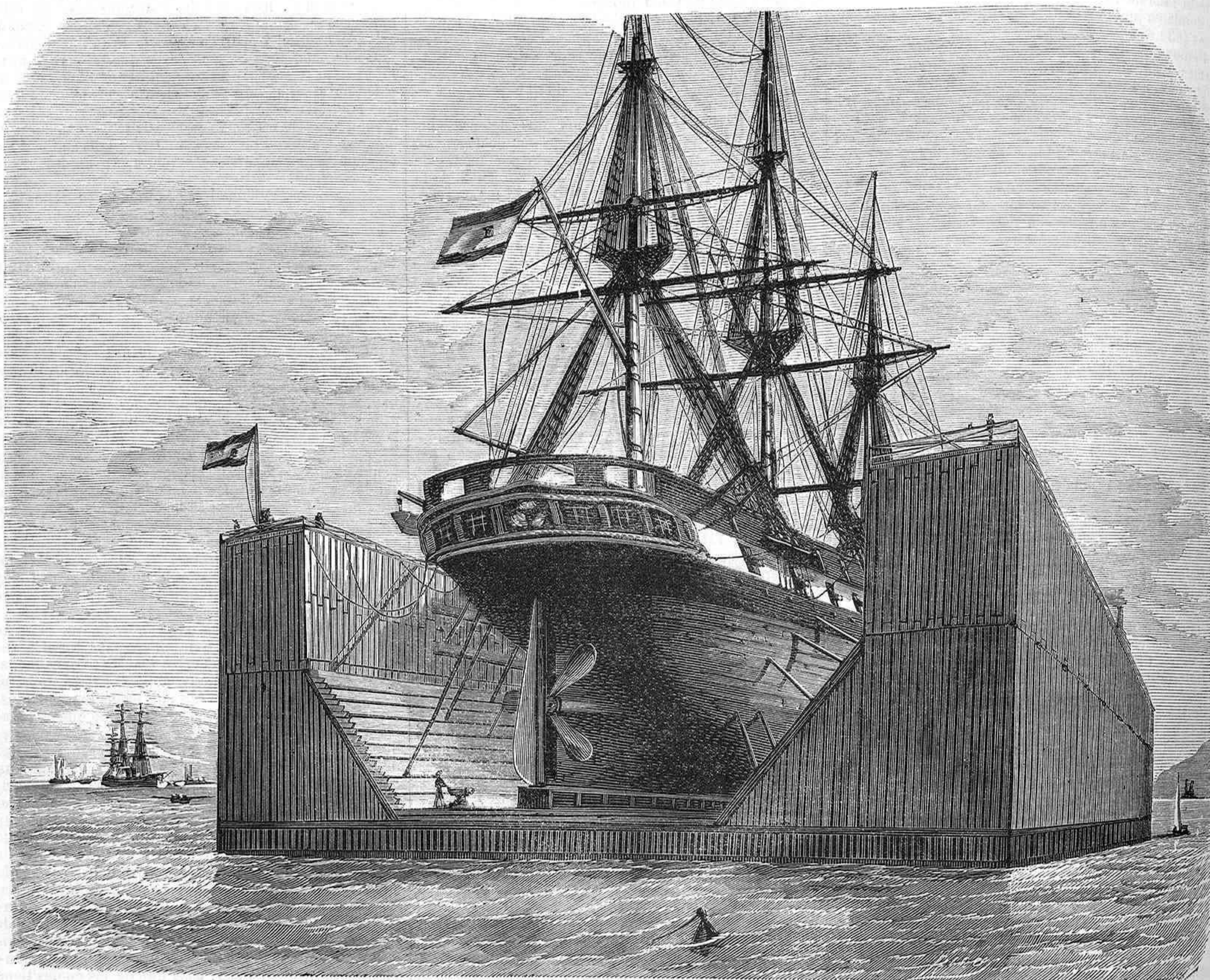
La mariposa de la col, en el estado de oruga, ha adquirido ordinariamente todo su volúmen hácia los meses de octubre y de noviembre. Entonces se prepara para su primera metamorfosis, cesando de comer y desocupando completamente su tubo digestivo; despues se mete en el hueco de algun árbol ó en algun agujero de la pared, y luego que ha descubierto un lugar conveniente comienza sus preparativos. Esta clase de oruga no tiene que hilar, como el gusano de seda, un capullo que la oculte y la proteja; al contrario, puede decirse que se metamorfosea en el aire. Comienza, pues, por

tapizar el punto que ha escogido con hilos cruzados en todos sentidos. Esta capa de seda, á la vez muy fina y muy fuerte, suministra un punto de apoyo sólido á sus patas traseras. Entonces, encorvando su cabeza y su cuerpo hácia atrás, hácia la mitad de su espalda, ata el primer hilo sobre uno de los lados, le conduce y le fija sobre el lado opuesto y repite la misma operacion hasta que ha formado una especie de tejido compuesto de unos cincuenta hilos. Una vez hecho esto se endereza y cambia por la última vez, pero el animal que sale de la piel desechada no es ya una oruga sino una crisálida que sostenida por los ganchos de su cola y por el tejido de que acabamos de hablar, queda suspendida hori-

zontalmente del techo de su retiro, con corta diferencia del mismo modo que están en algunos gabinetes de historia natural los pescados ó los reptiles demasiado grandes que no pueden colocarse en los escaparates.

La mariposa en su nueva forma no se asemeja á lo que era antes. La piel, como barnizada por un líquido viscoso segregado en el momento de su metamorfosis, se seca muy pronto poniéndose coriácea y casi córnea, y tomando un color ceniciento salpicado por todas partes de amarillo y de negro. El cuerpo gana en volumen, aunque viene á perder en longitud mas de una tercera parte. En lugar de estar compuesto de un extremo á otro de anillos casi iguales, se divide en dos

regiones distintas, la posterior de las cuales, corta y cónica es la única que tiene anillos, mientras que la anterior presenta en la espalda una especie de carena y por delante una cosa semejante á una espuela. A primera vista parece que han desaparecido enteramente la cabeza y las patas. Sin embargo, si se considera mas de cerca, se percibe que en la parte anterior tiene crestas redondeadas y puntos salientes dispuestos de un modo regular. Sabiendo lo que llegará á ser mas tarde de esta masa aun inerte, se cree distinguir bajo la piel, ó por mejor decir, bajo la capa que la cubre, los indicios de ciertos órganos, de la trompa, de las antenas y de las alas, poco mas ó menos como vemos dibujarse confus



DIQUE FLOTANTE DE CARTAGENA.

samente las formas de una momia, bajo su cubierta de tiras de lienzo.

Hácia la mitad de la primavera ó al principio del estío, la mariposa experimenta su segunda metamorfosis; la piel que la cubre se abre por encima y de estas crestas, de estos ángulos salen como de otros tantos estuches, los órganos que contenian; el animal se desembaraza bien pronto por completo, y esta piel de crisálida abre paso á la mariposa. En los primeros momentos las patas aun blandas, apenas pueden sostenerlas; las alas plegadas en un zigzag microscópico, son cortas, gruesas é impropias para el vuelo; la trompa se estiende en línea recta y las dos mitades se separan con frecuencia; pero al poco tiempo bajo la acción del aire, los líquidos superabundantes se evaporan, las patas se fortalecen, la trompa se ajusta y se arrolla, las alas se despliegan, y el insecto antes rapante y despues inmóvil, vuela ya en toda su hermosura, hácia alguna flor vecina para tomar su primer alimento.

Tal es en resúmen la historia de las trasformaciones

de la mariposa, en las cuales vemos una de las muchas pruebas que presenta la variada naturaleza de la infinita sadiduría del Criador.

M.

EL DIQUE FLOTANTE.

En este número damos el dibujo del dique flotante de Cartagena, que tanto ha llamado la atención de los inteligentes, y que sin duda alguna es de los mas capaces y bien contruidos de Europa. El creciente desarrollo de nuestra marina de guerra, hacia sentir la falta de uno de estos modernos diques que abrevian y facilitan de un modo extraordinario las reparaciones y la carena de los buques de alto porte.

El dique flotante de Cartagena, hecho á todo costo y con las condiciones que exigen los últimos adelantos, ofrece á la vista una enorme masa dispuesta de tal manera, que aproximándola al buque que ha de repararse, se abre como por encanto, lo rodea y con una

prontitud y facilidad asombrosa, lo encierra en su seno, donde encuentra abrigo seguro en medio de las olas para que pueda procederse á su reparacion.

EL BRIGADIER ALVAR GONZALEZ

COMANDANTE DE LA FRACATA «VILLA DE MADRID.»

Este distinguido marino, cuyo retrato ofrecemos hoy á los lectores de *El Museo*, es de los que mas brillante papel han desempeñado en la guerra que sostenemos con las repúblicas de Chile y el Perú.

Antes que las peripecias de una lucha tan llena de dificultades y peligros, como la que emprendió nuestra escuadra en aquellos remotos países, pusiese mas de relieve el mérito y las grandes condiciones de los jefes de la marina española, ya el señor Alvar Gonzalez gozaba de una justa y brillante reputacion en el cuerpo á que pertenece, merced al valor y los conocimientos

prácticos de que ha dado muestra en los diversos servicios que le ha encomendado el gobierno.

Mandando la *Villa de Madrid*, tomó parte con la *Blanca* en la expedición de Chiloe, una de las acciones mas arriesgadas y difíciles que han llevado á cabo nuestros buques en aquellos mares.

En el bombardeo de Valparaiso y en el glorioso ataque de las fortalezas del Callao, el señor Alvar Gonzalez ha adquirido nuevos títulos á la consideracion de sus compatriotas, mereciendo fijar la atencion del gobierno de S. M., que ha recompensado sus servicios, ascendién-dole al grado de brigadier de la armada.

EL FUSIL DE AGUJA.

Cuando tanto ha llamado la atencion de Europa los efectos del fusil aguja, usado por el ejército prusiano, ofrecemos al público un dibujo de este terrible armamento, con su descripcion y algunos apuntes de su historia, que debemos al estudioso y distinguido ingeniero industrial pensionado en el extranjero don Antonio Nuñez de Castro.

El fusil aguja, refiriéndonos á los datos facilitados por este aventajado ingeniero, que tuvo ocasion de conocerlo antes del rompimiento de las hostilidades entre Prusia y Austria, en su visita al establecimiento de Essen, no fue inventado por Mr. Descontures, como se ha supuesto sin razon; pues segun un oficial del ejército prusiano, es debido el descubrimiento de este sistema de armamento, á un compatriota suyo llamado Mr. Dreyse, que en el año de 1844 lo presentó al rey de Prusia y desde entonces fue aceptado su uso, si bien no se dotó inmediatamente al ejército con él. Asi es que cuando en 1848 fue atacado por el pueblo el arsenal de Berlin, se encontraba este armamento depositado en aquel arsenal, de donde fueron sustraídos algunos fusiles y probablemente adquiridos por el que lo importó á Francia. Esta historia del inventor del fusil aguja, la aceptamos tal como se nos ha comunicado, sin admitir mas responsabilidad por ello, que la de relatarla; dejando tanto á Mr. Dreyse como á monsieur Descontures, sino hubiese exactitud en el origen de la invencion, dada á conocer por el oficial del ejército prusiano, el que cada uno procure demostrar los títulos de paternidad de este nuevo sistema de atravesar al individuo á 900 metros de distancia.

El fusil-aguja se compone de las partes siguientes: el cañon, la bayoneta, la baqueta, la llave y la caja.

El cañon es de hierro fundido, abierto por abajo, donde tiene una parte pequeña y lisa por la que se in-

troduce el cartucho. Es inútil decir la importancia que tiene el que tanto esta parte, como el resto del cañon sea de un material muy bueno. En los fusiles construidos últimamente, el cañon va haciéndose de menos ca-

fuerza hácia la derecha, queda completamente cerrada.

En la parte de abajo de la caja está la verdadera llave (cilindro B); dentro de esta se halla un resorte espiral con la aguja que produce la inflamacion (fig. 3); si se empuja la llave por detrás, esta oprime el resorte, lo cual da cierto movimiento á la aguja que atraviesa la cápsula inflamable y hace salir el tiro.

Despues de hacer fuego, se abre la recámara empujándola hácia la izquierda y luego hacia atrás, y se puede volver á cargar. La operacion es tan sencilla que puede hacerse cuatro ó seis veces por minuto.

La caja de estos fusiles es de nogal ó de aliso y no tiene nada denotable.

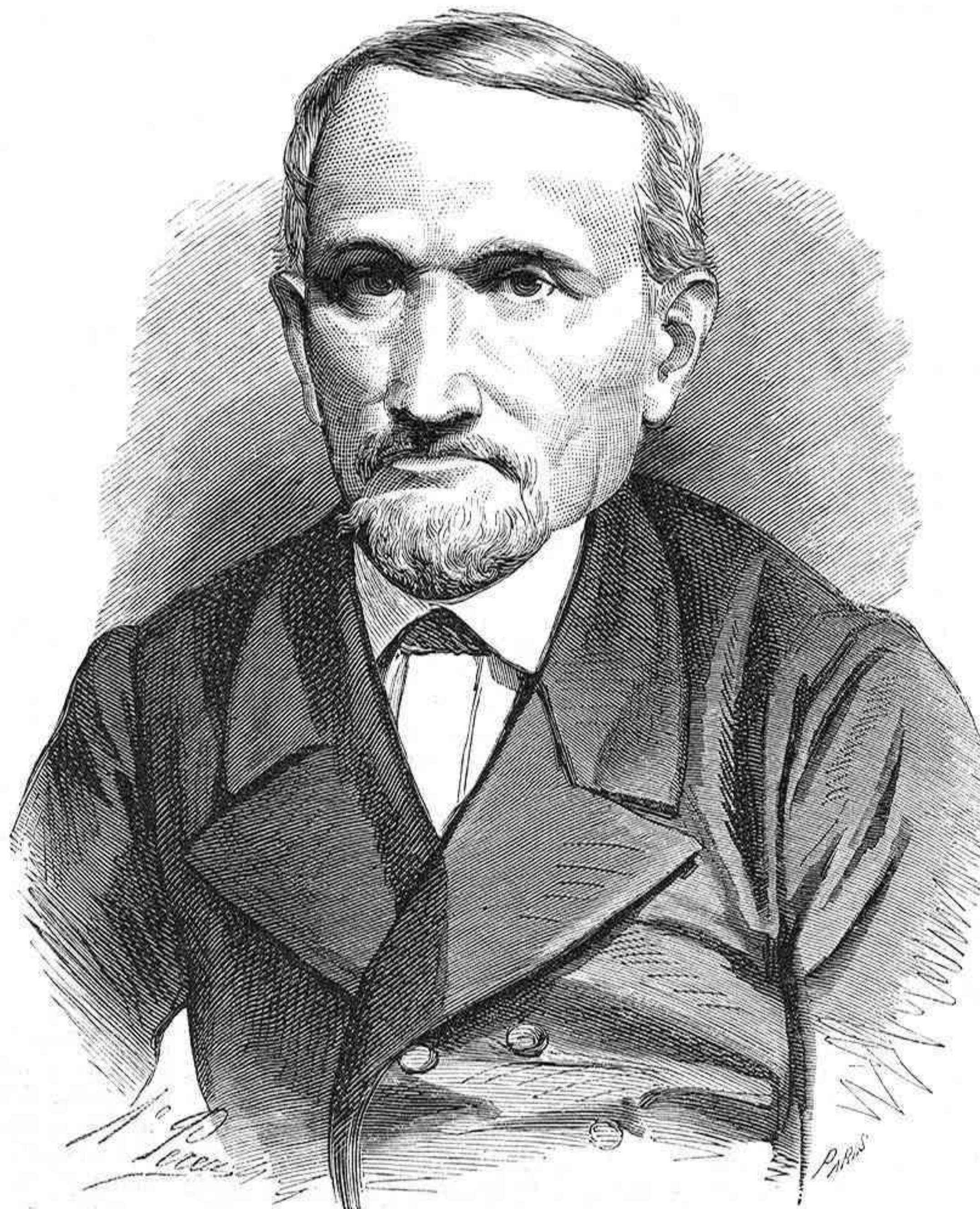
El cartucho se compone de la cápsula inflamable, la pólvora, la bala y el papel que lo cubre. El papel se halla arrollado y contiene dentro la cápsula inflamable. La forma del cartucho es cilíndrica, por un extremo, lisa por el otro, cóncava para recibir la bala, (fig. 1). En el cartucho se encuentra primero la pólvora, y luego la cápsula inflamable con la parte hueca hácia afuera de modo que la aguja atraviesa primero la pólvora y despues la cápsula (fig. 2.)

El fusil aguja ofrece la ventaja de cuatriplicar cuando menos, los disparos del armamento comun en cada minuto, asi como la mayor prontitud en cargarlo. Y de esta ventaja ha sido bien triste ejemplo el ejército austriaco, que ha visto mermadas horrorosamente las filas de sus batallones sin poder llegar á hacer uso de la bayoneta.

Y esto se explica fácilmente calculando la rapidez de los disparos que permite hacer este nuevo fusil. Cinco tiros por minuto es lo que dispara cada soldado armado con este sistema de destruccion, y el alcance y la fuerza de proyeccion es de tal potencia, que mata á la distancia de 1,100 metros; y entre los heridos y muertos austriacos recogidos en la batalla de Sudowa se han encontrado muchos completamente

perforados á la distancia de 900 metros de la línea que ocupaban los prusianos. Pues bien, un cuerpo de 1,000 hombres con el fusil aguja atacado por otro de igual fuerza colocado solo á 1,000 metros de distancia, recibirá en los cinco minutos que han de emplear en recorrer este espacio para atacar á la bayoneta 26,000 tiros de sus contrarios. Esto demuestra la imposibilidad en que se han visto los austriacos de usar la bayoneta, y hasta la ineficacia de las cargas de caballería contra el fusil aguja.

Tiene tambien sus inconvenientes este armamento. El primero es la facilidad con que suele descomponerse por el trato poco cuidadoso y entendido del soldado en el uso de su mecanismo; y el segundo, la debilidad



EL BRIGADIER ALVAR GONZALEZ, COMANDANTE DE LA FRAGATA «VILLA DE MADRID.»

FUSIL DE AGUJA.

Fig. 3.

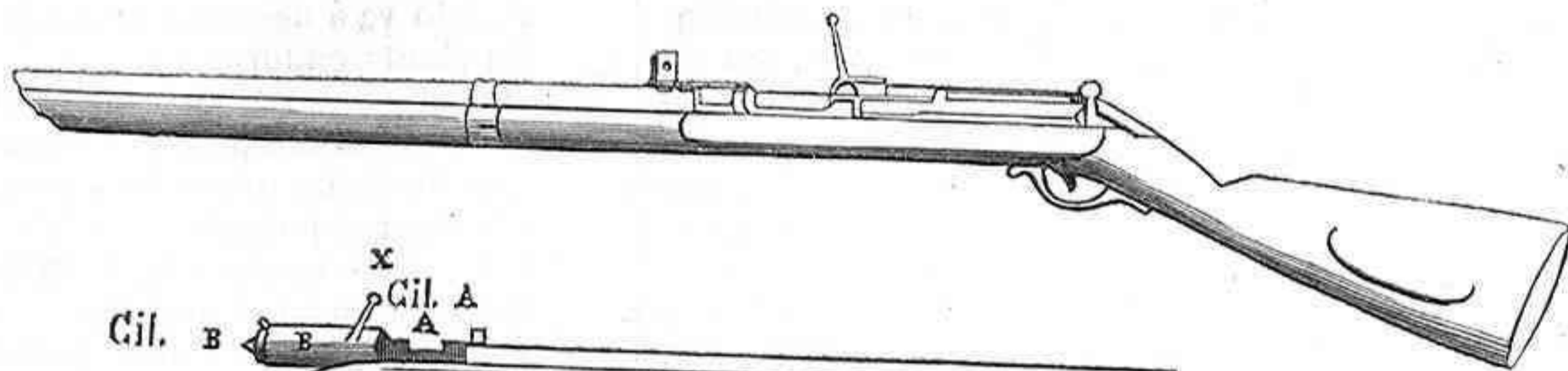


Fig. 4.

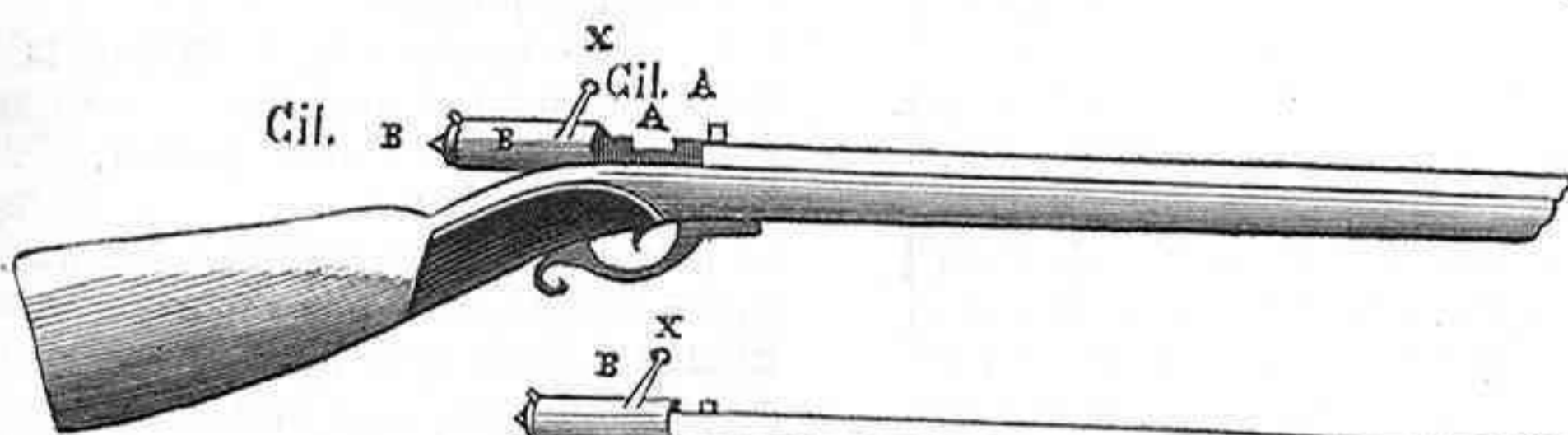


Fig. 6.

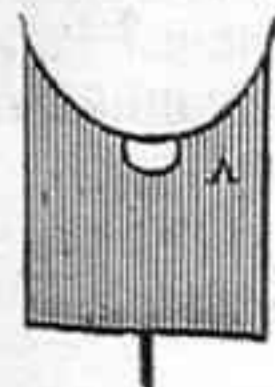


Fig. 1.

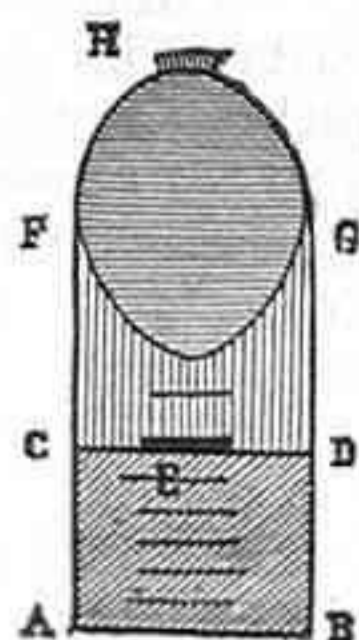


Fig. 2.

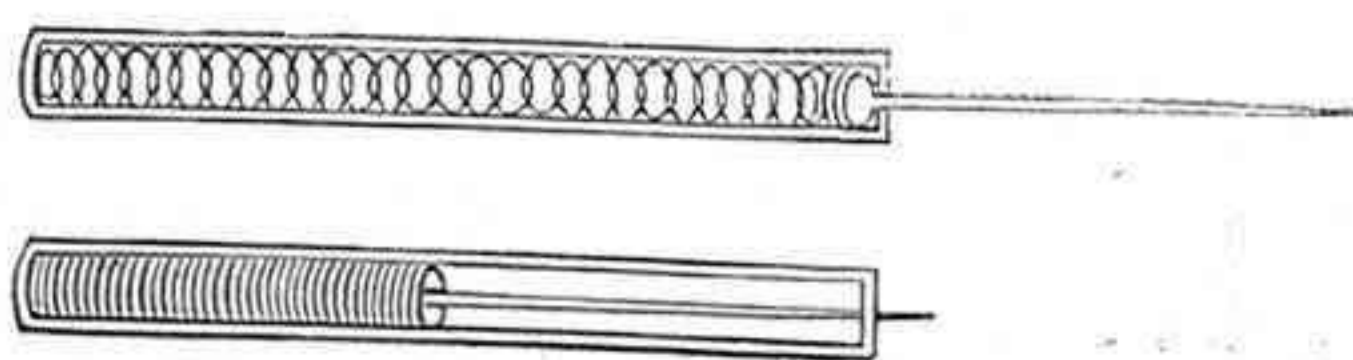
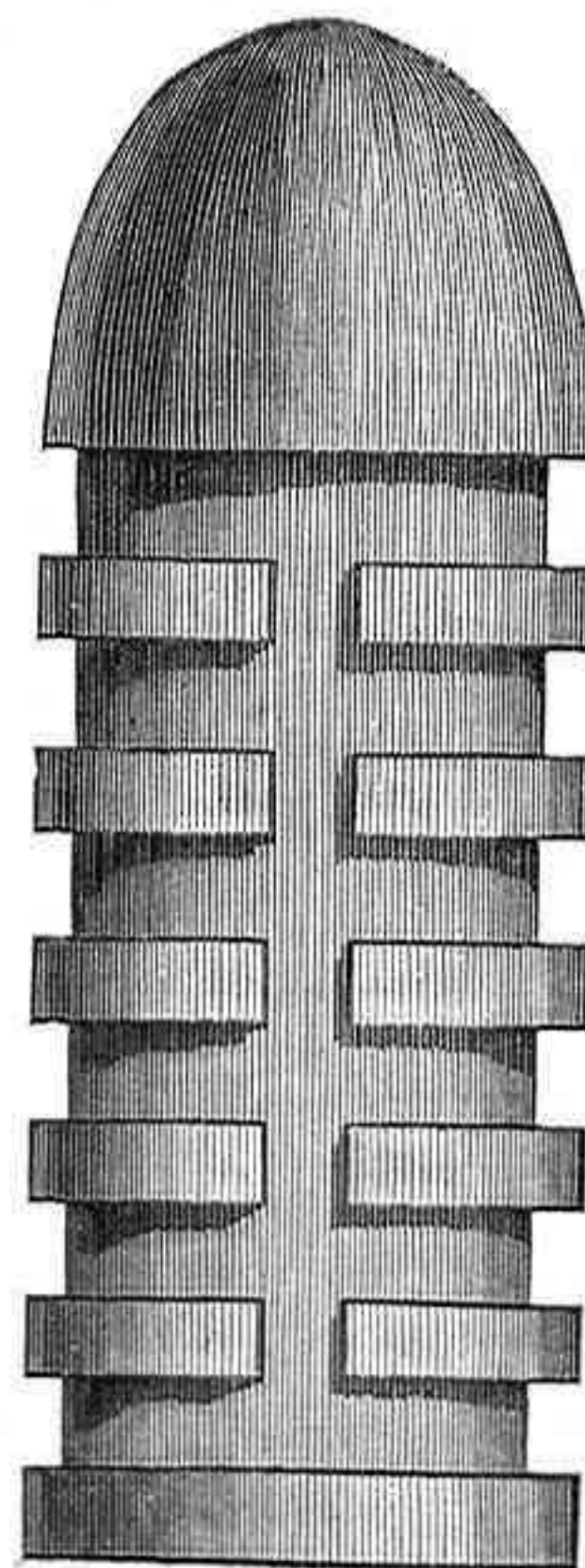


Fig. 5.

PROYECTIL DE CAÑON.

Parte sólida.



Parte hueca.

que ofrece en las cargas á la bayoneta, en cuyo empuje suelen romperse por la garganta.

Aunque nuestro amigo, á quien debemos estas noticias, nos indica que ambos defectos pueden corregirse perfeccionando este armamento, es lo cierto que tal como actualmente se usa, los tiene y deben hacerse conocer.

Sea como quiera el resultado de los combates empeñados ha demostrado las ventajas del fusil aguja, y vemos que principia tanto Francia como Inglaterra á aceptarlos para el ejército, lo que prueba su conocida utilidad. Veremos si en nuestro país se piensa también en lo mismo, siendo de advertir que ya hace años se ensayaron por los directores de las armas generales Duque de la Torre y don Manuel de la Concha, el sistema de armamento, que cargándose por la culata, proporcionaba también mucha celeridad en los disparos, y aunque el resultado de los ensayos correspondió á las esperanzas que se había fundado en esta reforma, no se admitió sin que hasta ahora sepamos la verdadera causa.

También debemos al mismo ingeniero industrial el diseño de los proyectiles que ha usado la artillería prusiana y que tan terribles estragos produce. Este proyectil, hasta la distancia de 500 metros, produce el efecto de la bala, y al llegar á ese punto revienta y causa los estragos de la metralla, destruyendo cuanto se encuentra á su alrededor en un circuito de muchos metros.

Creemos que el gobierno aprovechará la permanencia en Bélgica y Alemania de este entendido ingeniero uno de los mejores de la Escuela Central de Madrid para adquirir cuantos datos puedan contribuir á formar idea exacta de las ventajas y perfeccionamiento del fusil aguja y adoptarlo para nuestro ejército, á fin de que se encuentre armado como los demás de Europa.

OBSERVACIONES ACERCA DE LA POESIA

ÉPICA, Y EN PARTICULAR, DE LA EPOPEYA.

Tres modos fundamentales tiene el espíritu humano de concebir en su fantasía la realidad de las cosas y de expresar esta concepción, mediante las diversas formas de la literatura poética.

O bien abarca en una ojeada total y comprensiva el mundo que le rodea, y en cuyo seno vive, en todos los grados que le permite caracterizar el estado de su cultura, desde la naturaleza que inmediatamente hallan sus sentidos hasta ese sistema de ideas y de creencias que constituye lo que solemos llamar espíritu general de un siglo, desde las instituciones públicas hasta las costumbres familiares, desde los productos de la industria hasta los sentimientos y aspiraciones que germinan en la sociedad de que forma parte, y ya recompone, por decirlo así, la unidad de todos estos elementos, ya se detiene tan solo en algunos;

O bien desorientado en medio de los movimientos contradictorios de un período crítico, cuya concordancia de relaciones no encuentra á primera vista, se reconcentra en sí mismo y se complace en el espectáculo que la lucha de sus encontrados efectos ofrece al ardor de su imaginación, excitada por la contradicción;

O bien, por último, traído á punto de reposo por la ley esencial de su destino, admira con claridad serena, no ya meramente como en el primer momento el íntimo acuerdo que entre sí mantienen las cosas todas con quienes comunica, ni solo—como en el segundo—la inagotable riqueza de su propio ser y de los infinitos hechos de su vida interior; sino la compenetración de ambos mundos, el suyo y el que habita; y al comprender el indisoluble lazo que los une y sus recíprocas influencias, conquista toda una esfera de concepciones distinta de las precedentes y que en sí las incluye é ilumina con nueva claridad mas viva y poderosa.

De aquella primera situación, nace la poesía de *unidad*, la poesía *épica*: la segunda, engendra la poesía *variedad*, la *lirica*: y la tercera da origen á la poesía de *armonía*, á la *dramática*.

De suerte que en la *épica* lo que el poeta canta es el espectáculo de la forma sensible de las cosas, tal como se le representan en el espejo de su fantasía; mientras que en la *lirica* toma por asunto sus impresiones y sentimientos individuales y en la *dramática* la acción viviente, personal y libre de esos afectos interiores sobre el mundo, en cuanto al desarrollarse en relación con él, van produciendo á la vista del espectador—como por su exclusiva, virtualidad y eficacia—series ordenadas de hechos causados, no por una ley general que no se revela en ellos inmediatamente, sino por determinadas intenciones reflexivas que desde luego conocemos.

Segun todo lo cual, la poesía *épica* es la única que directamente pretende representar las cosas en su propia unidad—ya tome por materia las pompas de la naturaleza, como en el poema descriptivo; ya las ideas de la razón, como el *didáctico*; ya los acontecimientos de la vida, como el *histórico*—pues la *lirica* no

espone ni da á conocer lo que es en sí el Espíritu, sino tan solo sus particulares movimientos: y si la *dramática* ofrece á nuestra vista hechos esternos, en lo cual se igual con ciertas formas *épicas*, esta acción, en vez de narrada, es activa y presente, debe—como hemos dicho—explicarse toda por sí propia y abandonando á la esfera subordinada de los medios escénicos cuanto no es puramente humano, valerse exclusivamente de personajes.

Por este carácter esencial de la *épica*, que estriba en tener por fin de sus creaciones el elemento objetivo de la vida, es por lo que ha recibido el nombre de *poesía objetiva* con que se la suele designar.

Y si pudiera abrigarse la menor duda de que tal carácter corresponde á las producciones de este género, bastaría atender, no ya á las condiciones que todas nos ofrecen, á la manera de tratar su asunto y al sentido que las engendra y vivifica, sino á su *impersonalidad*, esto es, á que en ellas como que se absorbe y borra la persona del autor, cuya desaparición crece con la importancia de la obra, hasta llegar (como despues veremos) en su forma superior—la *epopeya*,—á ser, bajo un concepto, absoluta.

En tanto que la *poesía lírica* no tiene otro fondo que los sentimientos y estados individuales del poeta, consiste el de la *épica* en una representación de opuesta índole donde ya la pluralidad de los personajes, unida á la intervención de otros elementos esternos, y á la enunciación *didáctica* de ideas y principios generales, y á la descripción de lugares y objetos de la naturaleza, mantienen constantemente al asunto como independiente y extraño respecto de aquel, y alejan la posibilidad de una expresión inmediata de sus afectos, que subordinados á las exigencias del plan, apenas hallan ocasión para interrumpirlo con irregulares y fugaces expansiones.

Y si este género se propone como fin la realidad directa de las cosas, tales como son ó aparecen, la diversa naturaleza de estas cosas mismas que constituyen su objeto determina las variedades en que se subdivide.

Así, cuando la *poesía épica* mira la belleza de las concepciones del pensamiento humano sobre la esencia, principios y leyes de los seres, individualizándolas en la fantasía y convirtiéndolas en imágenes vivas y sensibles, engendra el poema *didáctico*: cuando intenta expresar hechos y estados de esos seres en determinadas circunstancias, las formas precisas con que aparecen en el tiempo, da lugar al poema *histórico*: cuando considera la realidad en conjunto, comprendiendo ambos elementos, lo permanente y lo transitorio, el ser y el suceder, el místico arrobamiento de las ideas y los infinitos accidentes de la vida, ordenado y entretreído todo con íntima unidad, segun lo está en el mundo, elevase la *épica* á su mayor altura y nace la *epopeya*, propiamente dicha.

No es ahora de nuestro propósito examinar la legitimidad (por algunos puesta en duda) del primero de estos géneros, legitimidad que para nosotros se razona en la naturaleza del arte: si bien no ha sido por lo comun, comprendido con toda claridad su verdadero carácter, ni realizado, propia y libremente con sus peculiares bellezas. De todos modos, mas ó menos reconocido, con mayor ó menor acierto cultivado, de hecho existe, y no podía escusarse en este lugar la indicación del que en nuestro sentir le pertenece.

Tampoco juzgamos necesario entrar en una explicación detallada de otras divisiones que bajo diferentes puntos de vista se han hecho ó pueden hacerse en la *épica*. Así, si despues de la que hemos señalado en relación á su objeto y fin, y que es la principal sin duda, quisiésemos ampliar las bases de clasificación, tendríamos, por ejemplo, que segun el autor, ora un poema *épico* es anónimo y popular, cuando—como en el *Ramayana* acontece—el poeta es una raza ó un pueblo, ora—como en *El Diablo Mundo*—nace el asunto puramente en la imaginación de un solo artista, ora—como en la *Divina Comedia*—la creación de este asunto se debe á un determinado individuo á la vez que al espíritu y tradiciones de toda una civilización. Segun la forma y las condiciones históricas de la sociedad á que pertenecen los monumentos de esta clase los hay primitivos y rudimentarios, como los *Nibelungen*; depurados y artísticos, como la *Iliada* y la *Odisea*, de Homero; eruditos y artificiosos como el *Arte poética*, de Boileau, ó *Los Jardines*, de Delille. Segun el modo de la concepción, ya se muestran serios, como la *Jerusalem libertada Araucana* y á cómicos, como el *Orlando furioso*, ya dramáticos y compuestos, como el *Don Juan* y el *Fausto*. Por último, y prescindiendo de otras clasificaciones—comunes á todos los géneros *épicas* particulares cada uno,—estos hacen su asunto de la naturaleza, como las *Geórgicas*; aquellos, de empresa; humanas como los *Lusiadas*; otros de la religión, como *Mesiada* y el *Paraiso perdido*.

De lo dicho se infiere la diversa muchedumbre de formas que puede revestir la *poesía épica* y que no reducen por tanto á la *epopeya*, como han creído algunos sino que comprende el inmenso cuadro que hemos procurado determinar. Todas estas formas, sin duda, consideran al objeto, que se proponen crear en

el arte, directamente, como verdadera realidad de por sí subsistente, independencia ni intervención de la voluntad individual del poeta, carácter esencial y comun del género literario si que pertenecen pero el objeto de la *poesía didáctica* son los principios y eternas razones de las cosas; el de la *histórica* sus acciones y efectos temporales; el de la *epopeya* el todo de la sociedad que abraza en su representación con la mayor plenitud de relaciones que en ella pueden distinguirse, segun las épocas.

Es pues la *epopeya* suponer á los demás manifestaciones *épicas*, así por su asunto y por su modo de concebirlo, como por la trascendencia universal de su forma. No se limita ya á una esfera particular del mundo que tiene ante sus ojos, sino á todas, y la religión, la ciencia, las artes, las instituciones, las costumbres y cultura general de una edad hallan cabida en el vasto panorama que, cual clara imagen de su estado, se ofrece á sí misma la Humanidad en ciertos períodos de su vida. Por esto son las *Epopeyas*, al par que inextinguibles tesoros de bellezas inmortales, precioso arsenal de datos para el historiador y como la muestra mas espontánea y evidente que da de sí un pueblo.

(Se concluirá).

FRANCISCO GINER.

Encargado del discurso inaugural en la solemne apertura del Instituto provincial de Guadalajara el 16 de setiembre de 1838, concluía de esta manera:

No hace muchos años que un célebre magistrado, cuyas luces y cuyo interés por los adelantos de su país son bien conocidos, hizo resonar su voz en este recinto, anunciando á los habitantes de esta capital que quedaba abierto este Instituto, y haciéndoles concebir por ello las mas lisonjeras y fundadas esperanzas. Demos en tan solemne momento este recuerdo de gratitud al escelentísimo señor don Pedro Gomez de la Serna, el primero que tuvo el placer de anunciaros que se levantaba en Guadalajara un nuevo templo á la instrucción. De la estabilidad y lustre de este Instituto, á los sucesores de tan celosa autoridad toca la gloria; y yo sé que de ésta cabrá no pequeña parte á... No me toca á mí decirlo: ¡dichoso aquel de mis compañeros á quien quepa en suerte expresar el voto de gracias que en este momento nace en mi corazón y espira en mis labios!

Aquí, señores, daría fin á este breve y mal compaginado discurso, si no me punzase el deseo de buscar en la *poesía* algun desahogo al entusiasmo de que me siento poseído. Esa juventud llena de vida y de esperanza que me escucha, no tanto ama la instrucción por conocimiento como por instinto; siente mucho y analiza poco; mas que el interés la despierta la gloria. Animarla quiero al estudio hablándola en el idioma del corazón. Permítase á quien cultiva el árido campo de las matemáticas coger una flor en el risueño valle de la *poesía*, para suavizar, siquiera por un breve espacio, el modesto afán de su espinosa tarea.

A LA INSTRUCCION.

ODA.

Mirad aquel que cruza presuroso,
Las espantables fieras persiguiendo,
De América los bosques, en la mano
El arco poderoso,
Que nunca flechó en vano,
Pronto ya á despedir al dardo horrendo.
Su planta endurecida
Huella segura el pedernal cortante;
En su desnuda piel, al sol curtida;
Los abultados músculos resaltan,
El esfuerzo pujante
Del salvaje mostrando, y su fiera
Se pinta en su semblante
Que colores ridiculos esmaltan.
Si quiere en alegría
El triunfo celebrar y marcial gloria,
Vedle con mano impía
El laurel deslustrar de la victoria,
Al prisionero misero inmolando,
Y en banquete feroz los miembros tristes
Con apetito horrible devorando!...

Y ¿es este mismo el hombre que á los cielos
Los pasos fija, y cuenta las estrellas,
Y del tiempo las huellas
Descubre hasta en los siglos mas lejanos?
¿Es este aquel que cruza sin recelos
Del ancho mar los espacios llanos?
¿Que, de la tierra estrecho en los confines,
El imperio disputa á los delfines?
¿Que á la region vacía
En alas de su genio se levanta,
Y allí pone su planta
Do el águila veloz no llegaría?
Pues quién ¿quién ha podido
Su poder remontar á tanta alteza?

¿Qué númen celestial ha convertido
La indómita liebreza
Del hijo de los bosques en dulzura?
¿Por quién el hombre ocupa (que algún día
Se miró con las fieras confundido)
El alto trono en que se ve sentado,
Y estiendo su dominio dilatado
Por cuanto abraza el sol y el hielo enfria?
Tú, divina Instrucción, la sien ornada
Con refulgente cerco, descendiste
De blanquísima túnica ceñida,
De celestiales genios rodeada,
En nacarada nube y trasparente,
Y al hombre su destino predijiste
Con tu voz femenil y omnipotente.
Y en aquel mismo punto, de la tierra
Se vió cambiar la faz: la choza agreste
En cómoda mansion fue convertida,
Mudóse el curso de los claros ríos
Y á la esterilidad y fiera peste—
Vuelto en jardín el espantoso yermo—
La abundancia y salud movieron guerra;
La ciencia de la vida
Con la muerte luchó, y el triste enfermo
La salud, tan querida.
Halló en el borde del sepulcro mismo:
El insondable abismo
Del espacio infinito salvó el hombre,
Y en balanza segura
De los planetas ponderó las masas,
Y á nuevos astros imprimió su nombre;
A su placer y su ventura atento
Hizo el arte nacer de la armonía,
Tornando en apacible melodía
El áspero silbar del raudal viento;
Ansioso de gozar eterna vida
Al mármol duro la infundió su aliento,
Y afectos y pasiones y hermosura
Supo dar á una piedra la escultura;
A la impalpable sombra
Y á la impalpable luz, con diestra suerte
Dió fantástico cuerpo en la pintura,
Y la torre inmortal y el muro fuerte
Levantó osado, cuya altura asombra,
Y los bosques al mar fueron llevados
Y en flotantes ciudades transformados...

Así, Instrucción benéfica, tu acento,
Tu omnipotente acento, el cetro ha dado
Del vasto mundo al ser mas desvalido:
Por eso ha levantado,
A tu inmenso poder reconocido,
Aras el hombre mil, y lleva el viento
Tu nombre al firmamento
Donde reside tu poder sagrado.

ZACARIAS ACOSTA.

CELIA MAZO.

(CONTINUACION.)

Y aquella mujer tan bella y delicada, ¿se había ausentado por ventura para dejar sin efecto mis constantes pesquisas, y luego me escribía como una nueva burla?

Pero al menos, me había rogado, y sus ruegos eran para mí órdenes. Me había dejado un encargo y aquel encargo era un lazo entre ella y yo, una esperanza para lo futuro.

Cumplí al pie de la letra sus instrucciones: en cada sorteo tomaba el número que me había sido indicado, el día mismo de la extracción averiguaba si había sido premiado y me apresuraba á cobrar el premio.

Así pasaron dos meses y en ellos de cinco sorteos en dos el billete fue premiado, una vez con 1,000 reales y la otra con 500 duros.

Todos los días esperaba carta de mi desconocida y la carta no acababa nunca de llegar.

Veía con frecuencia en los teatros y en los paseos á la mujer que en el Real había creído era mi Dama Duende, casi siempre sola é indiferente en su carretela ó en su palco y pocas veces acompañada por el anciano caballero que había visto con ella en el Real. Pero siempre al verme demostraba la misma impasibilidad, y me convencí cada vez mas de que no era posible fuese mi incógnita.

IV.

OTRA CARTA.

Una mañana mientras estaba almorzando llegó una carta del correo interior. Eché una mirada al sobre y apenas pude contener un grito de alegría al ver la letra de mi desconocida. Acabé de almorzar de cualquier manera, y en seguida me encerré en mi cuarto para saborear á mis anchas aquellas líneas. Hé aquí la carta.

«Gabriel: ya creará usted que le he dado al olvido y que el capricho que ha dado origen á nuestra sociedad

se ha desvanecido por completo. Pues se equivoca usted mucho: sigo con gran interés la suerte de nuestro famoso número, y doy á usted la enhorabuena y me la doy á mí, pues la fortuna se complace en favorecernos. Ya he visto que hemos ganado dos veces, y me parece escusado decir á un matemático como usted lo que ha de hacer con los premios que nos han tocado, esto es, deducir de ellos lo que se ha invertido en la adquisición de los billetes, y dividir en dos partes iguales la ganancia líquida, destinando mi parte como fondo para tomar los billetes en lo sucesivo, y disponiendo usted de la mitad que le corresponde.

»Y una vez arreglada la cuestión financiera, permítame usted que le pregunte: ¿Adelanta usted mucho en sus averiguaciones? ¿Sabe usted ya quién es la Dama Duende que trae á vueltas su curiosidad y no deja en paz á su imaginación? He seguido paso á paso sus pesquisas, dignas en verdad de mejor éxito, le he visto observar, espiar, ir, venir, preguntar, sin tregua ni descanso. Lleva usted tres meses de este impropio trabajo, y creo que aun nada ha conseguido averiguar. La dama merece, pues, el nombre que se ha dado de Duende. Pero ese duende travieso é invisible se complace de usted, y, cumpliendo su promesa en gracia de la exactitud con que ha seguido usted sus instrucciones, va á quitarse sin mas rodeos la careta. Perdóneme usted si al hacerlo evoca recuerdos muy dolorosos para usted, tristes también para mí, pues me traerán á la memoria días muy felices que ya pasaron, seres queridos que han dejado de existir.

»Pero, antes de romper el incógnito, déme usted palabra de honor de ser para mí en lo sucesivo lo que lo que hasta aquí, es decir, una persona completamente desconocida en la apariencia, sin que una mirada, ni un gesto, indique que nos conocemos, sin que trate usted de hacerse presentar á mí, ni de procurar verme en los sitios públicos y en las reuniones con mas frecuencia que los que la casualidad haga que nos encontremos. ¿Me lo jura usted, no es cierto? Pues entonces abajo la careta, y mireme usted de hito en hito, á ver si en mi rostro reconoce el rostro de la educanda de las Salesas Reales.

»¿Ha olvidado usted aquellas dulces conversaciones al través de las rejas del locutorio? Mi voz al decirle á usted «curioso» ¿no despertó en su memoria ningún eco de lo pasado? Creo que sí, pues puso usted una cara como quien dice: —yo he oído esta voz.

»Me tiembla el pulso, y mis lágrimas caen sobre el papel al escribir el nombre de la pobre Inés, de su hermana de usted, de mi hermana también, pues mas que amistad, nos teníamos un verdadero cariño fraternal. ¡Pobrecilla! Morirá los quince años, cuando todo le sonreía y halagaba, cuando empezaba para ella la vida y la prometía largos años de felicidades y venturas.

»Toda la semana esperábamos con impaciencia el domingo, que nos traía un rayo de luz, de vida, de libertad, á nosotras, pobres reclusas, encerradas entre aquellas frías y tristes cuatro paredes. —¿Cuándo llegará el domingo, solía decirme Inés suspirando!— Desde dos días antes, ya era el tema de nuestras conversaciones lo que haríamos el próximo día de fiesta, como si no hubiéramos de hacer en él lo mismo que en los anteriores.

»Llegaba por fin el anhelado día, y entonces suspirábamos porque llegase la hora de ir al locutorio. Con una inocente coquetería nos esmerábamos en nuestro traje y peinado: procurábamos dar la elegancia posible á los pliegues de nuestro vestido, arreglábamos con cuidado nuestros cabellos, y sobre ellos colocábamos lo mas graciosamente que podíamos la blanca toca de educandas. ¿Se acuerda usted qué guapa estaba Inés con aquel traje tan poco airoso, cómo resaltaba su rostro ligeramente moreno de la fría blancura de la toca, brillando bajo ella sus azabachados cabellos y sus negros y aterciopelados ojos? Nos estaba prohibido tener espejos, pero estoy segura que debía yo estar horrible con aquellos mongiles arreos.

»Siempre era usted de las primeras visitas que llegaban; pero bien pronto venía Inés corriendo á la sala de labores á anunciarme que mi tutor había llegado. ¿Se acuerda usted de mi tutor tan serio, tan alto, tan enjuto, con sus patillas blancas á la inglesa, con su cruz de Santiago en el pecho de su eterna levita negra? ¡Pobre tutor! En cuanto llegaba yo al locutorio me alargaba al través de los hierros de la reja su mano aristocrática, casi diáfana, y me decía invariablemente:—¿Cómo estamos, señorita? Después se sentaba, entablaba conversación sobre cualquier lugar común con la Hermana, y acababa la visita preguntando qué tal había sido mi conducta en la semana anterior: entonces, si había estado aplicada y juiciosa me daba su enhorabuena, y me exhortaba á proseguir de la misma manera, y si como sucedía con frecuencia le decía la Hermana que había estado mas mas enredadora y traviesa de lo debido, me enjaretaba un sermón invariable en el fondo y que podía resumirse en dos palabras, que estudiase y rezase mucho. Acabado el sermón se levantaba, me alargaba un cucurucho de dulces al través de la reja, saludaba ceremoniosamente á la Hermana, se despedía de mí y desaparecía hasta el domingo siguiente.

»Entonces era cuando empezaba nuestra visita: en vez de volver al jardín á jugar con las demás educandas, me quedaba en el locutorio con Inés y usted, que solían colocarse á un extremo y conversaban sin temor á la vigilancia de la Hermana ni á indiscretos oídos. Nosotras le contábamos á usted nuestras travesuras de niñas, nuestros pequeños pesares y nuestras infantiles alegrías, y le dábamos las flores que para usted habíamos cogido en el jardín; usted en cambio nos entretenía embromándonos cariñosamente sobre cualquier cosa, ó contándonos alguna anécdota ó historietita que luego nosotras comentábamos; y en esta alegre é inocente charla pasaban una ó dos horas insensiblemente. Así es que cuando sacaba usted el reloj y cogía el sombrero, exclamábamos Inés y yo:—¡Tan pronto! Y le obligábamos á usted á quedarse otro rato mas, y si Inés era quien pedía con mas insistencia la prolongación de la visita, había unos ojos que suplicaban silenciosamente pero con el mayor encarecimiento; y sus ojos de usted parecían decir al acceder:—Por esos ojos me quedo.

»Al fin era preciso separarse, las manos se estrechaban con muda elocuencia y al marchar usted siempre había alguien que dijese:—¿Qué larga es una semana!

»¡Pobre Inés! ¡Cuánto le quería á usted y con qué infinita ternura la quería usted también! Había momentos en que la tenía envidia, yo á quien nadie la profesaba un cariño tan verdadero y santo. Pero nuestra amistad fraternal me consolaba de mi aislamiento. Eramos inseparables, parecía que la una era la sombra de la otra: cualquiera hubiera podido creer que solo teníamos un alma entre las dos, nuestro cariño mas que al efecto que una alma profesa á otra, era un amor que tenía mucho de egoísta, era el amor que nos tenemos á nosotros mismos.

»Hacia algún tiempo que la veía palidecer y desmejorarse de día en día.—¿Qué tienes, Inés mía? la preguntaba yo besando sus ojos apagados y sus descoloridos labios.—Nada, me respondía sonriendo tristemente. Nunca había sido de genio alegre y abierto, pero entonces una indecible melancolía, una profunda tristeza, un abatimiento extraño é inesplicable nublaba su frente. El médico dijo al fin que era preciso sacarla del convento, llevarla á un clima mas templado y benigno y procurar distraerla todo lo posible.

»¿Se acuerda usted del día de su salida? Por un gran favor se me permitió acompañarla hasta la puerta. Lloraba yo como una Magdalena, en cambio Inés iba serena aunque mas triste que nunca. Abrióse al fin la puerta y nos abrazamos con toda la efusión del alma: en aquel momento sentí un presentimiento que heló mi sangre, que no volvería á verla, y algo parecido debió pasar por ella, pues en su abrazo y en sus besos había un no sé qué inesplicable.

»Con qué locura la cogió usted en sus brazos y besó una y cien veces aquel rostro pálido y demacrado. Al darme la mano, su mano de usted temblaba, y era que al abrazar á la pobre niña había usted conocido su horrible demacración.—Cuidela usted mucho, le dije. Y la pesada puerta volvió á cerrarse.

»¡Qué tristes me parecieron las visitas de los domingos! Inés me escribió varias veces, primero largamente y á cortos intervalos, despues mas de tarde en tarde y con mayor concisión, mas tarde fue usted alguna vez su secretario y en esas cartas se veían huellas de lágrimas: por último dejé de recibir cartas suyas.

»Un domingo en ocasión en que me hallaba en el locutorio con mi tutor, le ví á usted entrar. Fue la mi alegría al pensar que nos traería usted noticias de Inés, que en el primer momento no reparé en su traje. Pero á la segunda mirada le ví á usted pálido como un cadáver, con los ojos hundidos y húmedos, y vestido de luto riguroso. Con voz balbuciente y entrecortada por los sollozos nos dijo usted que la pobre niña, al extinguirse sin dolor y con la sonrisa en los labios, le había encargado mucho fuese á dar su último adiós á las madres y hermanas que tanto la querían. En seguida, acercándose á mí, sacó usted una pequeña cartera de piel de Rusia, que había sido de Inés, y me la dió usted al través de la reja: en la cartera había un retrato en tarjeta de ella y usted juntos y un rizo de sus cabellos: al coger aquella memoria de mi pobre amiga, sentí en mi mano á un tiempo la presión de su mano de usted y una lágrima ardiente que me conmovió lo profundo del alma. Aquel momento ha sido el mas doloroso de mi vida. Tal vez lo haya sido también de la de usted. No pudiendo resistir por mas tiempo, ni contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, ni los sollozos que se escapaban de sus labios, se despidió usted y marchó apresuradamente.

»Perdóneme usted haya evocado tan tristes recuerdos. Hace mucho tiempo que el aburrimiento me consume y que el hastío me domina, pero mis ojos no deramaban esas tristes y á un tiempo dulces lágrimas que desahogan el corazón. Ahora al recordar aquellos días, tan serenos y felices unos, tan tristes otros, ha corrido mi llanto y mi pecho se ha desahogado. Desea-ria, ya que estoy con la pluma en la mano, hablar á usted algo mas de mi vida, pero esta carta es ya casi un tomo, son las tres de la mañana y es preciso despedirme de usted hasta otro día. Y mientras tanto, ya

MUESTRA DE LAS LAMINAS DE LOS TRABAJADORES DEL MAR.



DULCE Y GRACIA.



EL CAPITAN GERTRAIS-GABOUREAU.

o sabe usted, no nos conocemos, somos extraños por completo el uno para el otro, ni yo sé quién es usted, ni usted sabe quién es.—*Celia.*»

Y al acabar de leer esta carta, dejé á mi vez correr libremente mis lágrimas, murmurando entre sollozos dos nombres queridos:—¡*Celia!* ¡*Inés!*

V.

EN LA CASTELLANA.

¡*Celia!* ¡*Inés!* Había yo murmurado al acabar de leer aquella carta. Y es que había evocado en mí su lectura un mundo de recuerdos, una época la mas feliz de mi vida. Huérfano desde mis primeros años y teniendo una hermana por quien velar, mi vida se compartía entre aquel amor puro y santo y el estudio. Despues de una semana de trabajo cuán feliz era yo en tener una larga y cariñosa conversacion con la pobre niña. Y cuando *Celia*, su amiga querida, venía á traernos su alegría y buen humor, aquellas visitas eran para mí los momentos mas felices que pasaba. ¡Qué cuadro mas bello formaban entrambas, detrás de la reja del locutorio, en la media oscuridad que allí reinaba, con sus vestidos negros, sus blancas tocas, y sus cruces de plata al pecho, ¡*Celia*, rubia como un ángel, con sus ojos oscuros y llenos de luz, semejando dos hermosos brillantes negros, y su boca sonrosada y riante, que parecia en su rostro blanco como el mármol una rosa caída en la nieve. *Inés*, con su tez ligeramente morena, sus ojos tristes y pensativos y su cabellera azabachada. Parecian la una la alegría y la otra la melancolía. Y yo á su lado en aquellos breves momentos que cada ocho días podia pasar con ellas me sentia feliz y hallaba nuevas fuerzas para el estudio y el trabajo. Y una parte del inmenso cariño que consagraba á mi pobre hermana, refluía hácia su amiga inseparable, y la queria tambien con un afecto fraternal.

¡Pobre *Inés!* Cuál no fue mi dolor al verla morir en mis brazos, sin que la presuntuosa ciencia, sin que mi amor infinito, exclusivo, pudieran salvarla. Parecia que habia muerto algo en mí, que mi alma habia muerto y llevaba en mí su frío cadáver. Y quedaba solo en el mundo. Así es que en cuanto cumplí el triste deber de dar su despedida á *Celia* y las madres y hermanas de las Salesas, me faltó tiempo para huir de España, para buscar en otros climas, entre nuevas naciones y distintas costumbres, algo que me

distrajese de mi constante dolor. Recorrí toda la América en vano: emprendí negocios, arriesgué mis escasos recursos maquinalmente, sin tomar interés en aquellas especulaciones, y si es verdad que mi alma seguía enferma, brotando sin cesar sangre la herida abierta en ella, mi cuerpo se robusteció con las fatigas y los viajes y mi fortuna creció rápidamente en poco tiempo hasta convertirse en opulenta.

Entonces la *nostalgia*, esa extraña enfermedad moral al par que física, que se apodera del viajero, del desterrado, y les hace suspirar por la patria y les arrastra á ella con fuerza incontrastable, se apoderó de mí. Volví á España: habia pasado diez años ausente y las personas y las cosas me eran ya por completo desconocidas. Además los lugares, en que tan puras alegrías y tan terribles pesares habia experimentado, renovaron mi dolor.

En medio del hastío y del aburrimiento que me dominaban, fue cuando me sucedió cuanto acabo de contar; aquellas extrañas pero pequeñas aventuras despertaron tanto mas mi curiosidad, cuanto que carecia de todo alimento y cualquier cosa hubiera podido escitarla. Así es que aquel duende que me habia aparecido un momento para ocultarse en seguida y dejar burladas mis pesquisas, tomó un gran lugar en mi vida y se apoderó por completo de mi imaginacion y de mis pensamientos. Y ahora que rompía el incógnito y descubría su rostro, me encontraba con que aquella mujer se hallaba unida á mi pasado y ocupaba un gran sitio en mis recuerdos. Era *Celia*, la amiga de mi pobre *Inés*, mi otra hermana, la que acaso podia mitigar el dolor que me causaba la pérdida de aquella. Pero al decirme quién era, lejos de procurarme el modo de reanudar nuestra amistad y de acercarme á ella, me prohibia por el contrario todo paso en ese sentido y hasta me ordenaba aparecer por completo indiferente y desconocido para ella, sin que ni una mirada ni el mas leve gesto pudiesen indicar lo contrario. ¿Pensaría acaso aquel duende travieso seguir invisible para mí? no me decía en su carta dónde podria verla ni cómo habia de reconocerla. De manera que solo habia roto el incógnito á medias.

Distraido en estos pensamientos habian pasado las horas y habia llegado la tarde. Maquinalmente, sin saber lo que me hacia, por efecto de la costumbre, me vestí y me fuí hácia la Castellana.

—¿Vas á paseo? me preguntó Hipólito N... haciendo detener su victoria.

Y al ver que respondia afirmativamente me hizo tomar asiento á su lado. Hipólito es uno de esos amigos de la infancia, que no tratamos ya con intimidación, que vemos á largos intervalos, pero cuya mano estrechamos siempre con placer.

Habíamos dado ya dos vueltas á la Castellana al trote de sus magnificas yeguas inglesas, cuando vi venir á lo lejos una berlina: creí que mis ojos me engañaban, pensé que estaba soñando. Pero no habia duda, era la berlina de doble suspension de *Celia*, eran las soberbias yeguas tordas, era la elegante librea, era el diminuto lacayo que yo habia buscado y que me habia sido imposible encontrar.

Al pasar la berlina creí hallarme bajo el peso de una alucinacion. Una mujer iba sola en ella, con la misma capota negra con cintas encarnadas, con el famoso vestido claro de color á la moda, con el oscuro y sencillo abrigo que yo conocia. Solo que esta vez el cristal de la berlina no impedia ver y el velo de la capota se hallaba levantado.

(Se continuará).

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

VICTOR HUGO.

LOS TRABAJADORES DEL MAR.

Se ha repartido el 2.º y último tomo de esta interesante novela.

Va ilustrada con ocho magnificas láminas semejantes á las del tomo 1.º

Las dos que van de muestra en estas páginas, pertenecen al tomo 2.º

El tomo 1.º cuesta 24 rs. y el 2.º 22

Se remite la obra franca de porte al que maude 46 reales en libranzas ó sellos de correos.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCEPE, 4.